

el sentido de la seguridad y el sentido de la territorialidad. Sin embargo, ya nos aproximamos al momento en que ha de surgir en el hombre el estímulo-impulso del lucro: aparece con el nacimiento de las ciudades.

Dijimos al comienzo de este estudio que el lucro surge en el hombre como un sustituto del instinto de conservación. La sublimación de este instinto a través del lucro dará al espíritu humano facultades, posibilidades y riquezas insospechadas. Y en la medida en que el espíritu humano se distancia más y más del instinto simple y puro, irá surgiendo en él con más potencia y vigor, como la ansiedad de procurarse excedentes para la eternidad misma. Al tiempo que comienza a acentuarse en el espíritu humano el proceso dialéctico y el hombre se siente más indefenso y en peligro de volver a su primitivo estado natural, con mayor fuerza aparece en él una de las manifestaciones más elementales del lucro: la guerra. Pero ello ocurrirá cuando las aldeas primitivas evolucionen y al construir sus primeras murallas defensivas y las primeras fortalezas y palacios, se conviertan en verdaderos y gigantescos depósitos de excedentes. Es decir, cuando las aldeas se transformen en ciudades.

A partir de este momento es prácticamente imposible cuantificar lo que el espíritu humano es capaz de hacer: la energía que antes anduvo peregrina en la sociedad paleolítica; la sabiduría que luego gana en los largos milenios de espera a la sombra de su organización agrícola, vitalidad ésta antes diseminada, se multiplicará y proyectará cuando se la encierra en el claustro amurallado de la primitiva ciudad. Entonces bajo el mando de un solo jefe, el estímulo-impulso del lucro sembrará las bases para la búsqueda de una seguridad y de una libertad que jamás encontrará. Vendrán las construcciones gigantescas; el deseo de conjurar nuevos diluvios lo llevará a construir poderosos diques y sólidas represas; la necesidad de comunicarse y conjurar las sequías lo impulsará a construir canales y la urgencia de utilizar sus productos perecederos lo llevará a moverse hacia la ciudad vecina o hacia la aldea que vegeta para cambiar lo que le sobra por lo que le falta. Y así se iniciará el comercio.

CAPITULO IV

LA LEY O EL ORDEN COMO NECESIDAD DEL EXCEDENTE

La autoridad más antigua que se conoce es el Consejo de Ancianos. Esta institución que surgió en la aldea neolítica, expresa cabalmente la naturaleza de un mundo que, a diferencia de su inmediato predecesor --recolector y cazador-- vela por la conservación de lo alcanzado y cuida del patrimonio comunal. Según Thorkild Jacobsen (1) el Consejo de Ancianos, como grupo representativo, depositario de la tradición y censor de las costumbres, así

(1) Citado por Lewis Mumford: Op. Cit. Pág. 26

Mas, por razones ya citadas, durante la aldea neolítica la población crece rápidamente y frente al orden social que acompaña a esta primera explosión demográfica, el Consejo de Ancianos va convirtiéndose cada vez más en un aparato institucional, en un organismo decorativo. Es así como en una sociedad que se torna día a día más compleja, este Consejo será paulatinamente substituído por una forma de autoridad más ejecutiva, más propia y eficaz para los nuevos tiempos. Esa nueva forma de autoridad estará inmersa en el cazador-político, es decir, en lo que muy pronto encontraremos en los primeros documentos escritos como el cazador-rey.

Los testimonios que se conservan en el Papiro de Turín y en ciertos fragmentos de la historia de Manetón atribuyen un origen divino al poder político. La tradición egipcia afirma la existencia de una Dinastía Divina que imperó miles de años antes que Menes. Aquella cronología se sustenta en formas severas de continuidad que los Dioses legaron en los orígenes a favor de unos reyes del Bajo Egipto, heredados éstos más tarde por los servidores de Horus. Luego aparece Menes, cuya figura ha sido históricamente confirmada.

existido en todas las épocas, Consejos de Ancianos llamados SARU (los príncipes, los grandes) a los que los textos religiosos de las pirámides (IV Dinastía) asignan un origen anterior a toda organización política: en la sociedad de los dioses, que según la tradición religiosa habitaron en Egipto antes que los hombres, el primer cuerpo organizado era gobernado no por un rey (NSUT) sino por SARU. La gerontocracia tenía, pues, orígenes antiquísimos en el recuerdo de los egipcios; verosímilmente se remontaba a los tiempos de los poblados eneolíticos." A. MORET Y G. DAVY: Op. Cit. Págs. 120-122

Momumentos de este período anterior a Menes confirman que entonces, es decir, en las comunidades neolíticas y eneolíticas, había una enorme cantidad de animales y objetos que actuaban como espíritus tutelares de individuos y familias: el halcón, el buitre, el galgo, el escorpión, el pez, el disco solar, dos flechas cruzadas, etc., emblemas de individuos y comunidades que ya se registran en la cerámica de la época. "Es verosímil --nos dice Moret-- que estos emblemas no fuesen aún dioses, a los que los hombres estuviesen unidos por lazos religiosos; eran por lo menos, fetiches, y ejercían ya, sobre los hombres de cada clan, una influencia social que monumentos explícitos nos permiten hoy precisar."(1)

En un período inmediatamente posterior encontramos --tal como lo revelan pizarras descubiertas en tumbas-- que estos emblemas no son ya simples cosas animadas, sino auténticas fuerzas espirituales, seres identificables que orientan a los hombres en la caza y en la pesca; que los acaudillan en la lucha y en algunos casos, aparecen ellos mismos participando en las refriegas. "A partir de esta época --grega Moret-- podemos asegurar que el animal, o cualquier emblema, que sirve de estandarte y que probablemente da su nombre al poblado --como más tarde lo dará al nombre-- desempeña el papel de protector de una agrupación humana, que parece presentar desde entonces el aspecto de una tribu o de un clan." (2) Nosotros pensamos, a

(1) A. MORET Y G. DAVY: Op. Cit. Pág. 125

(2) A. MORET Y G. DAVY: Op. Cit. Pág. 125

la luz de los elementos conocidos y fijados dentro de este estudio, que a través del cazador se produjo el proceso de la deificación política. Indicios y datos conocidos permiten suponer que los grupos humanos del período, ya fuera por propia voluntad, por accidente o por imposición, se afiliaban a un cazador determinado, simplemente por la habilidad, destreza y seguridad con que este cazador aniquilaba a un animal determinado. Esta circunstancia fue estableciendo una identificación manifiesta entre cazador y animal: aquél adoptaba a éste como su fetiche o su emblema, procediendo a la metamorfosis física para provocar la transfiguración simbólica. Automáticamente el grupo humano que lo seguía adoptaba como fetiche y emblema tutelar el animal de su cazador. Posteriormente el fetiche se incorporará al clan.

Así vemos luego cómo las agrupaciones humanas de Egipto, es decir, los primitivos clanes que se convirtieron luego en verdaderas agrupaciones territoriales en el período histórico, los nomos o provincias, conservan sus nombres tutelares del período neolítico: Halcón, Gacela, Chacal, Avefría, Terebinto, Monte de la Serpiente, Cetro, Cistro, Toro, etc. (1) La eficacia del fetiche para responder al reto creciente del temor, determinará su popularidad y ésta, el poder creciente del fetiche. Por ello, el Halcón --Horus-- se impondrá sobre todos los otros feti-

(1) A. MORET y G. DAVY: Op. Cit. Pág. 126

ches y emblemas y el rey se convertirá en el Rey Halcón.
(1) Busquemos ahora en el testimonio escrito el camino seguido hasta nosotros por el lucro.

En un ancho período de la humanidad hubo una constante y fluida comunicación entre las diversas culturas coetáneas. Igualmente fué constante la comunicación entre civilizaciones, si bien en algunos casos parecieran haberse roto esos contactos. Tal sería el caso, por ejemplo, de las civilizaciones americanas y algunas culturas del remoto Pacífico. Sin embargo, no existe evidencia alguna de que las primeras sociedades históricas hubiesen sido movidas por el incentivo de la utilidad, tal como ésta determina hoy la actividad social. Ahora bien, debemos tener presente que el espíritu de lucro es característico de la naturaleza humana y que fue éste el impulso que lanzó la especie hacia su extraordinaria diferenciación. Igualmente nos revela una retrospectiva panorámica, que el lucro está

(1) "Los títulos protocolarios escogidos por Menés y sus sucesores expresan la idea que se tenía entonces del Rey. El primero es el nombre del Halcón, Horus, el dios de los Shemsu-Hor; esto significa que el Rey es el halcón hecho hombre. Un príncipe real niño, es llamado el halcón en su nido. Ascende al trono y entonces es el halcón en su palacio. Muere el Rey, es el halcón que se remonta al cielo para volver al seno de Dios de que procede." A. MORET y G. DAVY: Op. Cit. pág. 135

contramos en unos pueblos misteriosos y simpáticos que aparecieron en las rutas del Asia Menor unos 1300 años A. J.C., en la Anatolia: los célebres frigios y lidios. Fueron éstas unas culturas fugaces que se disolvieron sin dejar rastros permanentes. Alcanzaron apreciable importancia política y militar y conocieron un gran esplendor económico. Situados ambos en las grandes rutas comerciales que se movían entre los mundos conocidos, fueron activos y deslumbrantes centros comerciales. Es en Sardes, bella ciudad ligia, por ejemplo, donde por vez primera la prostitución se comercializa oficialmente. En los tiempos de esplendor de esta ruidosa, chispeante y alocada ciudad, que gobernaba Creso, existía un barrio habitado exclusivamente por mujeres dedicadas a cazar dotes con la venta de sus cuerpos. Las caravanas de mercaderes pagaban peaje y tributo de tránsito a los ligios y fué aquí, en Sardes, en donde se acuñaron las primeras monedas que circularon en Occidente; los ligios fueron, así mismo, los primeros en teñir la lana. Otro pueblo que descolló en esa región y que cultivó afanes semejantes fué el Frigio. Todos los testimonios conocidos nos indican que los frigios hicieron un ideal de la riqueza por la riqueza misma; acuñaron monedas e hicieron un culto del atesoramiento y la vida fácil, dionisiaca. De Frigia nos llegan el Dios de la embriaguez --Baco-- y las bacanales. También Midas, que es el símbolo de la codicia enfermiza. Pero quizás el legado más importante que nos dejara Sardes sea uno de los elementos que tipifican y materia-

lizan el estímulo-impulso del dinero: la moneda.

Pero mucho antes los acontecimientos nos señalan sucesos igualmente importantes. El pueblo hebreo, que surgió a la sombra de la Civilización Sumeria, mantuvo sus antiguas tradiciones religiosas, sociales y económicas por el hecho de que fueron escasos y pobres. En las prósperas comunidades fundadas por los sumerios, que conocían el cultivo del trigo, el procesamiento de algunos metales y la domesticación de ciertos animales: Eridú, Kish, Lagash, Nipur y Ur, el pueblo hebreo llevó una vida sometida, esclava, vida de permanente miseria. Es este un momento de gran cohesión y unidad de este pueblo. Sin embargo, las necesidades crecientes de las castas sumerias —enfascadas en una guerra cruenta e incesante contra los Elamitas— de palaciegos y funcionarios, fué incorporando por vez primera ciudadanos hebreos a los puestos de gobierno, creando así extraños intereses entre ellos. Esto constituyó la primera y más grave amenaza a la unidad religiosa, racial y familiar de los hebreos. Fué precisamente

para conjurar el peligro de una inminente disolución de su pueblo que Ebrahim, el primero de los grandes Patriarcas, decidió emigrar y abandonar para siempre las tierras de Caldea, las dilatadas y transparentes llanuras donde por centurias y centurias vagabundó su pueblo, errando sin descanso hacia todos los puntos cardinales. Viajaron en pos de una tierra propia y por lo mismo, tras un peligro mayor que aquel que los lanzó a la huida. La "tierra prometida de que hablaría Moisés siglos más tarde, es una región que no tiene nada de envidiable, de manera que nadie entablaría una verdadera lucha por ella", como diría Estrabón en su Geografía. Sin embargo, este apunte de Estrabón es sorprendentemente extraño a la realidad histórica, es decir, al hecho de que los israelitas ocuparon por fin ese país, extraordinariamente próspero entonces, con ciudades muy antiguas como Jericó, Gizen y la propia Jerusalén, originalmente poblada por cananeos. Era una región que había sido influida por las civilizaciones egipcias y mesopotámicas, donde se trabajaba la cerámica, se hacían tejidos de lujo y se procesaba una rica orfebrería. País que según narrara el egipcio Sinuhé, "estaba lleno de higo y uvas, en el cual hay más vino que agua, un país con abundante miel, mucho aceite y todas clases de frutas en los árboles". Así, al margen de los prósperos y progresistas cananeos que guardaban celosamente todos los secretos de la sabiduría mesopotámica, y la cultura refinada de los filisteos --que fueron portadores del

sentido de la belleza y el amor a la vida de la cultura cretomicénica-- los israelitas, aún muchos siglos después de Moisés, seguían siendo una comunidad tribal de pastores nómadas que arrastraban su pobreza en Palestina, vegetando unas veces como sirvientes, otras pagando terraje y, con frecuencia, luchando sangrientamente para sobrevivir. Estos son los elementos básicos que determinaron la poderosa estructura de la religión judaica, de la ética de este pueblo de vagabundos miserables y que le obligó a elevar el espíritu de lucro a la categoría de dogma religioso, de precepto moral, de norma de conducta. Es el momento en que esa inconfesada sublimación del instinto toma carta de ciudadanía económica, se incorpora a la vida social y se adopta como principio de comercio. Sin embargo, será un pueblo que vivirá, por esa causa, en permanente conflicto consigo mismo.

Por sus relaciones con los cananeos, filisteos y fenicios, el pueblo de Israel fué modificando sus costumbres, se hizo sedentario, agrícola e industrial. Entregaba a los fenicios aceite y trigo a cambio de maderas y otras mercancías. Los hebreos aprendieron de los fenicios a e-

rigir construcciones grandiosas y les asociaron a numerosas empresas (1) y expediciones para procurarse de las comarcas del sur, oro, maderas finas, piedras de construcción y aceites". (2) Este tipo de empresas mixtas para aventuras mercantiles en el extranjero es el primer caso que nos ofrece la historia del comercio. Es el momento en que aparece una estructura social de clases que descansa en la posesión de la escasa tierra existente. Período ya bien definido, y consignado en los escritos hebreos.

En esta época surge una casta política de reyes y conquistadores y también de sacerdotes que vivían muy sabiamente, ajustando los preceptos religiosos a las profundas y estremecedoras transformaciones sociales que se estaban produciendo. Y, como aparece la necesidad política de sostener un cada vez más costoso aparato litúrgico, que día a día se torna más oneroso, viene a crearse entonces uno de los primeros impuestos que conoce la humanidad: el diezmo de cada producto de la tierra y la primicia de cada porción de ganado. La justificación de esa ley sorprendente se encuentra en Dios, quien dió la tierra al pueblo e impuso, como reconocimiento de ese don, el deber del pueblo de retribuir a sus representantes en la forma indicada.

(1) Vemos aquí el principio de las empresas mercantiles formadas por capitales mixtos.

(2) O. NEURATH Y H. SIERIKIGN: "Historia de la Economía"- Citado por J. Silva Herzog en "Historia del Pensamiento Económico-Social de la Antigüedad al Siglo XVI", Fondo de Cultura Económica, Pág. 15

Así queda establecido en el Deuteronomio:

"Separarás el diezmo de todos los frutos tuyos que nacen en la tierra todos los años;

Y comerás en la presencia del Señor Dios tuyo en el lugar que escogiera para que sea invocado en él su nombre, el diezmo de tu trigo, y vino y aceite y los primeros gñitos de tus vacas y de tus ovejas; para que aprendan a temer al Señor Dios tuyo en todo tiempo;

Mas cuando el camino fuere largo, y distante el lugar que el Señor Dios tuyo hubiere escogido y te haya da'do su bendición, y no pudieras llevar a él todas estas cosas;

Las venderás todas y las reducirás a dinero que llevarás en tu mano, e irás al lugar que el Señor Dios haya escogido;

Tomarás las primicias de todos los frutos y las pondrán en un canastillo, e irás al lugar que el Señor Dios tuyo escogiére, para que sea en él invocado su nombre." (1)

"Del desarrollo de la propiedad privada nació el comercio interior y exterior y con éste la posibilidad de acumular riqueza --nos dice Eric Roll--, y agrega: Fué en este período cuando se estableció la monarquía hebrea. La descripción de la sociedad de aquel tiempo que aparece en el Libro de los Reyes, y más enfáticamente aún, en los lamentos, protestas y visiones de los profetas, nos da una

(1) El Deuteronomio

vidad económica. Y es este olvido el que lloran y anatematizan los profetas. Así lo entiende Roll: "La rebeldía espiritual de los profetas revela este cambio en la estructura económica. Denunciando la avaricia de la sociedad nueva, trataron de retrotraer a los hombres a las formas de vida del pacto, de revivir la justicia y la clemencia como principios de la conducta social. Castigaban los excesos de las nuevas clases comerciales, de los usureros y de los "despojadores de tierras" y predicaron la vuelta a las limitaciones del derecho de propiedad privada. En algunos casos tuvieron éxito. La prohibición de embargar la ropa o los útiles de trabajo de los deudores persiste como principio fundamental de derecho judaico, y es uno de los que ha ejercido influencia en las leyes de muchas otras naciones hasta el tiempo presente". (1)

Sin embargo, ya nada podía detener la inclinación del pueblo hebreo hacia el lucro y la codicia, tendencia que se manifiesta en una serie de prácticas que antiguamente condenaban las Escrituras y la Tradición. Una de ellas fué la usura. Tan generalizada estuvo que el Deuteronomio se refiere a ella específicamente con las siguientes palabras: "No prestarás a usura a tu hermano, ni dinero, ni granos ni otra cosa cualquiera. Sino al extranjero. Mas a tu hermano le prestarás sin usura aquello que ha menester para que el señor Dios tuyo te bendiga en todas tus obras en la tierra, en cuyas posesiones has de

(1) ERIC ROLL: Op. Cit. Pág. 21